

Con
Chiquín
y los demás perros



Carmen León



LETRAS DE AUTOR

© *Con Chiquín y los demás perros*, María del Carmen León Acosta

© Letras de Autor

Teléfono: 91 151 16 14

info@letrasdeautor.com

www.letrasdeautor.com

Maquetación y diseño: Sara García

Coordinadora editorial: Georgia Delena

Primera edición: marzo 2017

Segunda edición: agosto 2017

ISBN: 978-84-17101-48-0

Depósito Legal: M-6541-2017

P.V.P.: 10 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*A mi marido Joaquín Damián que un atardecer de
diciembre trajo un cachorro de perro, e intentó hacerme
creer que era un gatito.*

Índice

Diciembre de 1996. Chiquín llega por Navidad	9
Invierno de 1997. Primeros paseo y subida de Chiquín.....	15
Primavera de 1997. Chiquín ha crecido un poco más	17
Verano de 1997. Vacaciones con Orión y Capri.....	19
Otoño de 1997. Canela se convierte en nuestra vecina.....	21
Navidad de 1997. Paseos con todos los perros	23
Verano de 1998. Chiquín se toma otro veraneo	27
Otoño de 1999. Canela y Pequeño se hacen amigos.....	29
Navidad de 1999. Alegría serena con la manada.....	31
Invierno de 2000. Los tres perros compañeros agrícolas	35
Verano de 2000. Pequeño se queda en mi corazón	39
Otoño de 2000. El bueno de Orión se va con pequeño	45
Navidad de 2000. Canela dormirá en un “iglú”	47
Verano de 2001. Chiquín disfruta otras vacaciones	53
Otoño de 2002. Chiquín no estará solo muchas horas	57
Invierno de 2003. Encuentros con Chiquín	59
Navidad de 2003. La Canela huye de los petardos.....	61
Otoño de 2004. Con Chiquín y Capri en la costa.....	65

Invierno de 2004. Canela ya almuerza con nosotros	67
Primavera de 2005. Chiquín me da el segundo susto de mi vida....	69
Verano de 2005. Travesuras de Chiquín al aire libre	71
Septiembre de 2005. Capri se duerme en un mes bonito	73
Octubre de 2005. Llega Pituso, elegante y blanco	77
Verano de 2006. Paseando a Chiquín y Pituso	79
Navidad de 2006. Canela continúa para adelante	83
Verano de 2007. Pituso se durmió; viene Yaki	85
Invierno de 2008. Ahora paso más tiempo con Chiquín	87
Verano de 2009. Protegiendo a la manada.....	89
Navidad de 2009. Canela y Yaki viven con nosotros.....	93
Navidad de 2009. Celebración feliz y casera.....	95
Invierno de 2010. Manada casi en calma.....	97
Primavera de 2010. Canela se va con Dios.....	101
Verano de 2010. Chiquín y Yaki Chan casi amigos.....	103
Otoño de 2010. Dorada amistad canina.....	107
Navidad de 2010. Chiquín y Yaki nos dan paz y amor.....	111
Invierno y primavera de 2011. Chiquín y Yaki en amor y compañía	115
Verano de 2011. Ocio estival con Chiquín y Yaki	119

Diciembre 1996

Chiquín llega por Navidad

Este atardecer cuando falta una semana para la Nochebuena, me he puesto a formar el belén. Al rato, entró Damián por la puerta principal que también da al salón, donde siempre lo instalo. Tenía agarrado entre las manos un pequeño animal de color negro manteniéndolo encogido, de forma delicada, mientras me lo enseñaba. <<! Ay, que trae un gato para que esté llorando toda la noche, y después tener que levantarme temprano! Aunque eso no es un gato... ¡sino un perro!>>, pensé.

— Traigo un perro —me dijo hablando con dulzura para conseguir mi consentimiento. Mi tía se lo dio a mi madre, porque Luri lo había recogido en la calle, donde los chicos lo estaban metiendo ¡debajo de las ruedas de los coches!

—¡Qué crueles! —contesté —, meneando la cabeza de modo negativo, para demostrar mi repulsa por ese acto.

Enseguida comprendí porque lo sostenía en aquella postura: quería que nos quedáramos con él, y a mí me pareciera un gato por su tamaño. Entonces yo aceptaría su decisión, porque sabe que me encantan esos

felinos, y siempre tenía algunos cuando vivía en casa de mis padres.

Damián tuvo que volver con su madre y yo me quedé con el perrito, no sin antes pedirle que regresara pronto. Lo cogí en las manos, varias veces, acariciándolo. En unos platos le puse leche y agua, para seguir con mi labor. Entre tanto, que yo disponía las hierbas y los objetos sobre el papel teñido, el pequeño perro corría de un lado a otro: <<¡Se nota que goza de buena salud ese chiquitito!>>, exclamé.

—¡Menos mal que la prima buena te rescató del sufrimiento y del desamparo! —le dije.

Él se entretenía mordiendo un trozo de corcho o la lavandera. Se me había caído y la dejé en el suelo, porque me gustaba ver con el ahínco que mordisqueaba la figura; alternando con algún momento que se dormía en la alfombra.

Cuando lo miraba con detenimiento él se paraba para observarme: <<¡Qué diferente es su cara de la de los gatos! Ellos la tienen redonda con los ojos grandes. El hocico de este perrito es más bien triangular y sus ojos diminutos, pero me atrae de un modo extraordinario, como si ya le hubiera cogido cariño. ¡En tan poco tiempo!>>, reflexioné.

Lo cierto es que nunca había tenido inclinación hacia su especie. Sólo le he proporcionado algo de afecto y bienestar físico.

Nos fuimos a acostar, y yo decidí que me quedaría en otra habitación para cuidarlo; así no nos quitaría el

sueño a los dos. Pero el cachorro, metido en una caja de cartón, con una pieza de ropa que lo abrigara, no nos ha molestado. Más bien, atiende cuando le he hablado en tono que le infunda confianza.

Esta mañana, ya en clase, me acordaba con frecuencia del perro: <<Sí, Damián debe ir al veterinario, para enterarnos si se trata de una raza grande o no; y ver si al final lo adoptamos. Siendo de otra manera, después de tenerlo un par de días, y haberle puesto mucho amor, no voy a querer separarme de él. De lo contrario, estaría recordándolo siempre con el corazón oprimido>>, me decía a mí misma.

La tarde posterior a la llegada del cachorro, Damián ha venido con él en brazos, negando lo que yo le había dicho sobre su raza:

—Manolo dice que <<un Pastor Alemán, no; sino un Doberman>> —me contó sonriendo, la ironía del veterinario —. El asegura que no crece más que un gato. ¿Lo dejamos?, ¿no?

—Pues sí, pero tienes que ayudarme a atenderlo. Necesita sus cuidados.

—Sí. ¿Y si fuera de una raza grande no lo hubieras querido?

—También lo habría tenido siempre. Pero prefiero que no crezca demasiado, porque creo que da menos preocupaciones. <<Así lo puedo abrazar a menudo, como a los gatos, o igual que si fuera, toda la vida, un niño bueno y de corta edad>>, pensaba.

Tener un animal de poco tamaño es algo que hacía tiempo echaba de menos. Recientemente he soñado con

que alguien nos dejara fuera de la puerta de la casa, un niño o un gato. Desde que nos casamos, hace seis años, sólo he tenido el gato de mi vecina Rosa. Cuando ella cerró la venta, él se vino a vivir con nosotros; hace de eso unos cuantos meses. Era de color blanco, y su carácter dócil. Le echábamos de comer cerca de la cocina y, a veces, entraba. Luego se hacía una cama en el césped, formando una especie de rosquete. Yo le decía que <<era la flor más bonita de mi jardín>>. Pasadas unas semanas, no lo vimos por aquí, hasta que volvió <<con heridas en todas las patas menos una>>. Lo curamos y a los dos o tres días desapareció. Durante algún tiempo lo esperé con nostalgia; quedándome el consuelo de que pasó una temporada favorable con nosotros y las plantas.

En la tercera tarde que el perrito está por aquí, hemos acudido los tres a la clínica veterinaria, para vacunarlo y recoger la cartilla que le ha sido asignada; después de haber elegido el nombre que le íbamos a poner. Yo opiné que <<prefería uno que indique que es menor, pero que no suene cursi>>. Barajamos entre <<chiquilín>>, que era largo, y <<chiquito>> que nos parecía nombre de cómico.

– ¡Chiquín! Suena gracioso y es apropiado – dije yo.

– ¡Chiquín! Sí, ese está bonito y es corto – afirmó Damián–. Te vamos a poner <<Chiquín>> señalando risueño al perro.

Cuando volvimos le busqué un conejo de peluche, que tiene toda la gama de los colores del arcoíris, pero en tono suave; para que sintiera en su camita algo parecido al calor materno. Damián salió a comprarle un collar y

un cascabel para no tropezar con él. Hace un rato, le colocamos la caja en la cocina, donde hay un reloj, cuyo sonido dicen que es aconsejable, porque también le recuerda los latidos del corazón de su madre. Hemos subido a la planta alta y lo escuché llorar solamente un poquito. Parece un animal muy noble y estoy enamorada de él.

Hoy he atado el árbol de Navidad a la ventana, por si acaso a Chiquín le diera por jugar con las cintas y me lo tire al suelo; y ante todo, para que no se le caiga encima.

Como otros años, me he puesto a caminar en un lado del salón, escuchando música clásica o villancicos; con el portal y el árbol iluminados, éste último con luces de varios colores. Es una cosa que me agrada mucho hacer, cuando estoy sola y he acabado los deberes. El cachorro siguiendo mi ejemplo comenzó a correr alocadamente, en un trayecto parecido al mío. Yo lo observo para que no se dé un golpe en alguna puerta o pared.

Después se me ocurrió la idea de sacarle una foto con un objeto típico de esta festividad. Para ello he elegido uno de mis favoritos: el muñeco de nieve que pongo sobre el televisor y es un poco más alto que el perro. Lo sitúe a su lado y se ha quedado quieto hasta que le tomé la foto. Sin duda, a Damián le va a encantar ver la curiosa pareja de perrito negro con mirada inocente; pegado al muñeco blanco, que porta su escoba brillante y un carro lleno de juguetes. Yo, por mi parte, estoy contenta de tener esta mascota. Y le doy gracias a Dios por habernos enviado un animalito, en el que veo un poco de niño, de gato y sobre todo de perro.

Da gusto ver su cuerpecito un tanto redondeado, en el que destaca su hocico, semejante al de un lobo; con orejas gatunas. Es tricolor, pero en su pelaje destaca el negro. Me hace recordar la expresión del Caribe, <<negrito lindo>>, como llamaba a un gato que tuve. Además, veo en mi imaginación a Azabache, un perro bonachón, que nos dejó la vecina al irse para Venezuela, por cierto; cuando yo era niña y convivió luego con nosotros.

Las manchas blancas, las tiene en el pecho formando una cruz; y en las patas delanteras que parecen dos calcetines, uno más bajo que el otro. A veces, le comento que a la madre le faltaron pelos de ese color, para terminárselos de la misma altura.

En cuanto, a las pintas de la frente a modo de cejas, y unas franjas en las patas, son de color canelo.

A mí me parece muy bonito. Pero lo que más me cautiva de él, son sus ojitos negros llenos de bondad e inteligencia; especialmente cuando se queda mirándome. Cuando está en el exterior se vuelve disparatado, porque disfruta corriendo al aire libre. Si se encuentra dentro de la casa, no dejamos nada de peligro a su alcance. Al regresar, siempre nos recibe feliz; en una forma original: su cuerpo describe un medio círculo, las orejas las echa hacia atrás, dando la impresión de que no las tuviera; y con las patas da golpes en el piso, alternándolas, como un caballito adiestrado. Nosotros entendemos que también nos quiere.

Invierno de 1997

Primeros paseo y subida de Chiquín

Al llegar de la calle cuando oscurecía hemos buscado a Chiquín en toda la planta baja. Luego subí arriba y lo encontré tiritando de frío.

– ¡Está aquí! ¡Subió el sólo! – le dije a Damián–. El pobre debe haber pasado mucho miedo en la oscuridad y ¡lo que le habrá contado trepar por todos esos escalones!

– ¡Tráelo para abajo! ¡Ya estamos aquí Chiquín! ¡El pobrecito!

– Yo me temía que en cualquier momento le diera por subir – añadí, mientras lo apretaba contra el hombro para darle calor–. Ya están aquí tus amigos. Ahora te echamos la lechita.

– Sí. ¡Bájalo ya!

En estos días, Damián lo ha sacado a pasear para la casa de su madre, y yo lo estuve contemplando desde una ventana. Los vi llegar hasta la huerta de los naranjos, adornados ahora con sus frutos de apariencia luminosa; creí estar mirando un zapatito mágico y

saltarán con aspecto de perro, caminando atado de su collar.

Las sandalias que usaba para estar en casa las he tenido que tirar a la basura. El motivo es que Chiquín me las ha roto a fuerza de mascarlas. Cuando he estado fregando la loza, por ejemplo, él permanecía echado en el suelo royéndomelas. Sé que hacen eso para mitigar el dolor que le causa la salida de los dientes.

Otras veces, ha distraído su malestar mordiéndome los brazos, en tanto que me pongo a estudiar para conseguir la especialidad de Educación Infantil. En ocasiones, me ha dolido un poco y he logrado despistarle, dándole lo que llamo <<la pipa de la paz>>, un trozo de piel de vaca que él mastica. Sin embargo, me recompensa el tenerlo acostado junto a mí, con aire angelical, en los momentos que se duerme; o cuando le pido el besito esquimal; el pega su nariz a la mía y la frotamos un instante.

Primavera de 1997

Chiquín ha crecido un poco más

En estos meses Chiquín se ha desarrollado a lo largo, convirtiéndose además en un perrito esbelto.

Le siguen gustando los alimentos caseros como la leche y el atún. Hace un par de semanas me fijé que había cogido un pedacito de pan, que Damián le había dado, y de repente empezó a comérselo. Me quedé sorprendida mirándolo, al saber que los gatos no lo probaban, sino preferían las galletas. Me vino a la mente Blas, el gato blanco y amarillo, el más juguetón de los que tuve. Eran tan aficionado a esa golosina, que de broma, le prometía comprarle un paquete de las María, para ver si era capaz de tragárselo entero.

A Chiquín, hasta ahora, le he ofrecido alguna entre las comidas. Pero me he visto obligada a que aprenda bien esa palabra, para que no nos arranque el césped que hemos replantado varias veces. Ya que sucede que cuando huele la tierra recién movida, empieza a escarbar y nos saca las matas. Entonces me pongo a

regañarle para que deje de hacer eso, pero mi enfado le anima a meter las patas con más ganas, como si fuera una fiera menuda. El remedio se produce cuando oye la palabra <<galleta>>; viene corriendo hacia mí y le saco una de la lata.

Entre tanto, su afición al pan ha ido creciendo y nos hace mucha gracia. Cuando recoge la rebanada en la cocina, sale corriendo a toda prisa. Por esta razón, le he puesto el apodo del Hormigo atómico. Luego la desmenuza mientras descansa sobre el resto del cuerpo, estirado sobre el felpudo de la entrada; para írselo comiendo poco a poco.



Verano de 1997

Vacaciones con Orión y Capri

Piedad, mi suegra, tiene dos perros: Orión es mediano y mayor de edad, con el pelo largo y canelo; y Capri, del mismo tamaño, pero más joven, de melena ondulada en colores blanco y gris. Los dos son tan mansos, que no se muestran celosos de Chiquín. Al contrario, lo dejan jugar con ellos brincándoles por encima.

Damián ha estado enseñando a nuestro perrito a <<jugar al futbol>>, tirándole la pelota con habilidad. Él se lanza a cogerla levantándose del suelo. Entonces la mantiene entre los dientes, con inquietud, hasta que corre para alcanzar la siguiente.

Este verano hemos ido a visitar París, además de otras ciudades de Holanda Y Bélgica. Chiquín se quedó con Piedad porque estaba segura de que ella me lo iba a cuidar bien. En el viaje de vuelta, vine planteándome la forma de hacer un pequeño canal en nuestro jardín con aguas color pantanoso; y deseando que las horas pasaran volando, a su vez, para ver a nuestro cachorro.

Ya, de regreso, el Chiquín no se ha separado de nosotros ni un solo momento. Me percaté de que quería

estar cerca de la puerta. Posiblemente para seguirnos, en caso de que saliéramos de nuevo.

Piedad me ha dicho que <<casi no podía respirar, de lo cansada que se sentía de tanto silbar, para llamarlo; estando él en medio de los frutales y las piedras>>. Mientras << a la hora de la siesta, se echaba el “partido” con su hermano, el cura>>. Y <<por la noche se acostaba con ella y Orión en la cama, después de haber retozado formando varios círculos>>. Yo le comenté que <<eso mismo hace en la nuestra, de la alegría que le da subirse a ella>>.

Estas semanas he comprobado que los perros son animales de manada y no soportan la soledad. En los ratos que salimos, Chiquín desahoga su tristeza mordiendo los felpudos. Por eso, los he cambiado por otros que no se deshilan para que nunca se enrede con las hebras. De todas maneras es beneficioso para él acostumbrarse a nuestra ausencia durante poco tiempo, para que luego no sufra si la separación es más prolongada. Lo que si evitamos es estar fuera en algunas circunstancias, como en los días que lanzan los voladores, presentes siempre en todas las fiestas populares. Esos estruendos le producen pánico y busca refugio entre mis pies o, si estoy sentada, en el regazo.

Hace poco le he comprado una cesta de mimbre. Ahora pasa muchas horas acostado en ella; y en el espacio debajo de la mesita, que le resulta cómodo con la alfombra. Éste último sitio, le digo que es su <<centro de operaciones>>, porque desde allí vigila todo lo que tiene lugar dentro de la vivienda, y también decide las cosas que él va a hacer.

Otoño de 1997

Canela se convierte en nuestra vecina

En este mes cuando va a ser un año que Chiquín llegó a casa, ha estado por aquí una perra de raza Pastor, y color canelo rojizo. Aparenta, ser joven, como si tuviera unos meses más que nuestro cachorro. Pareciendo gozar de buena salud, así como de un temperamento excelente.

Piedad y yo le echamos de comer, y le hemos puesto un perol con agua, en la huerta que está junto a nuestras viviendas. Además, por la noche dispone de una cama protegida, formada con un bidón grande y unas mantas. Siempre anda por los alrededores y la tratamos lo mejor que podemos.

Al final le pusimos de nombre Canela. A Piedad le gustaba el de <<Ninfa>>, pero optamos por aquél al sonarnos más sencillo. A Canela le fascina el <<Chiquirrín>>. Uso ese diminutivo o el de Chiquincillo imitando a las cantantes andaluzas en sus apelativos amorosos. La perra siempre quiere abrazar a nuestro perrito, cuando lo